

expedición á las Hibueras. La población de la Ciudad llegaba entonces á unos 30,000 habitantes, según escribió el mismo Don Hernando al Emperador Carlos V. Pero en esa fecha, poco habíase proveído verdaderamente para el culto; pues hasta el Gobierno de los oficiales reales no se ordenó construir la primitiva Catedral; aun cuando tal cosa no tuvo efecto sino poco tiempo después.

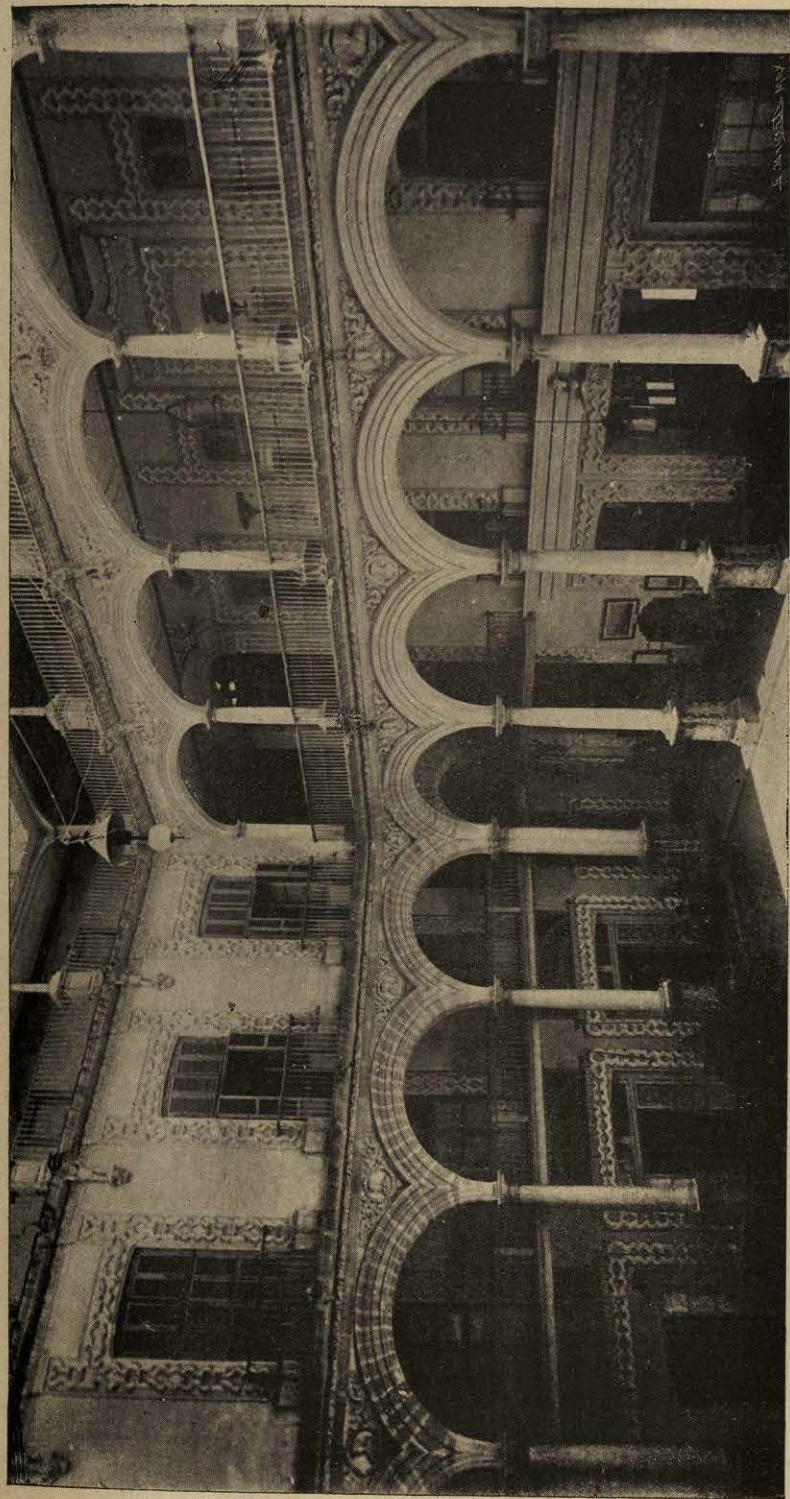
En ese mismo año 1524, llegaron á México los primeros franciscanos, y desde entonces se fueron sucediendo las demás órdenes religiosas. Todas ellas edificaron templos magníficos y conventos espaciosos de que se vió en pocos años cubierto México. San Francisco y Santo Domingo fueron los más célebres monasterios; descollando al par de la Catedral moderna, templos hasta ahora bastante hermosos, como la Profesa, la Concepción, Jesús María, Loreto y otros varios que han desaparecido ó tienen actualmente otro destino, como San Agustín.¹

Además de los edificios religiosos, se alzaron los muros de otros civiles también notables.

En 1551 se expidió real cédula para la creación de la Universidad de México, pero hasta fines del siglo construyó su edificio propio donde hoy se halla el Conservatorio Nacional de Música; labráronse también los cimientos del magnífico Colegio de San Ildefonso; fábrica semejante es la del Colegio de San Ignacio ó de las Vizcaínas, costado por la munificencia de tres ricos españoles; San Juan de Letrán y San Pedro y San Pablo, otros dos insignes Colegios, tuvieron también muy buenos edificios; así como el llamado Colegio de Niñas, que aun subsiste convertido en Casino Alemán. Digno de nota es, entre todos, el espléndido edificio de Minería (hoy Escuela de Ingenieros), fabricado en las postrimerias del Gobierno Colonial.

¹ Véase en mis APUNTES DE ÓRdenes CLÁSICOS Y COMPOSICIÓN DE ARQUITECTURA, el Capítulo *Estilos religiosos en México*, pág. 217.

Reseña histórico-descriptiva de la Ciudad de México. — 1901.



EL HOTEL DE ITURBIDE. (2ª Calle de San Francisco.)—Vista del primer patio.

Aparte de los hospitales, como el de Terceros, que se ha mandado destruir y en estos momentos se derriba (Agosto de 1901),¹ los particulares ricos, los de abolengo y pergaminos, no fueron menos para sus moradas como la del Conde del Valle de Orizaba, conocida por el nombre de *casa de los azulejos* (1^a de San Francisco), por sus paramentos exornados vistosamente de azulejos, con su elegante patio y su magnífica escalera; la casa de los Condes de Santiago (esquina del Parque del Conde y Jesús Nazareno), con sus fachadas de tezontle, sus canales características, su patio, su escalera; la de la esquina de Manrique y la Canoa, curiosa por las labores de sus fachadas; la del Conde de San Mateo Valparaíso (hoy Banco Nacional, calle del Puente del Espíritu Santo), y otras varias, que son curiosos y notables monumentos de los diversos estilos arquitectónicos que hubieron de invadir la Nueva España.

«Durante el siglo XVIII, período de auge para ésta—dice un escritor²—en que las comunidades religiosas adquirieron donativos cuantiosos y en que la nobleza y señores principales se hacen dueños de considerables fortunas, es cuando se emprenden numerosas construcciones; restáuranse los edificios que el transcurso del tiempo había deteriorado, reedifican aquellos que no corresponden al lujo de la época, y se levantan nuevos en consonancia con el gusto reinante, llegando la arquitectura á la era de su mayor lustre, no ciertamente por la calidad de sus obras, sino por el número de ellas. De tal siglo data la mayor parte de nuestros edificios pertenecientes al período colonial.»

«Acentuábase á la sazón en España general decadencia que venía á reflejarse en sus dominios, iniciada desde el Tercer Felipe, y de que no se eximieron las artes. Por lo tanto, há-

¹ En su lugar va á edificarse la Casa de Correos.

² Lic. D. Manuel G. Revilla. EL ARTE EN MÉXICO EN LA ÉPOCA ANTIGUA Y DURANTE EL GOBIERNO VIRREINAL. México, 1893, pág. 31.

llase afectada de tal vicio la mayor parte de las construcciones coloniales; de las que unas siguen perteneciendo al estilo barroco, y otras toman el de Churriguera, modificación de aquél, teniendo algunos los caracteres de ambos.»

* * *

Por la rápida ojeada anterior, se comprende el interés que tendría consagrar un capítulo á nuestra historia del arte en sus múltiples manifestaciones, que al propio tiempo nos mostrara cómo el modo de ser de España hubo de reflejarse en su Colonia predilecta. Hay que renunciar á labor tan agradable, en obsequio de la brevedad y del corto espacio de que dispongo, continuando con la precisa concisión este bosquejo.¹

* * *

No cabe duda que los viejos cronistas de la Ciudad de México exageraron mucho acerca de la grandeza y excelsitud de ésta; pero atendiendo al número de fábricas notables, alzadas muchas de ellas casi á raíz de la Conquista, es un hecho ciertamente digno de nota.

En la narración de Torquemada, citada por el Sr. Orozco, en la que se describe á la Ciudad en los primeros años del siglo XVII, se indica que las calles de ésta son muy hermosas y tan anchas, que pueden pasar por ellas tres carretas juntas, ó nueve ó diez hombres á caballo, holgadamente; las casas habían ya cambiado de aspecto, mostrándose «grandes, altas, y con muchas ventanas rasgadas, balcones y rejas de hierro, con grandes primores. Y estos edificios tan lindos y parejos, hacen

¹ Véase EL ARTE EN MÉXICO EN LA ÉPOCA ANTIGUA Y DURANTE EL GOBIERNO VIRREINAL, por el Lic. D. Manuel G. Revilla, ya citado.

las calles muy lindas y labradas; no tienen vueltas ni revueltas (como por la mayor parte lo son, los de las ciudades de España), pero son muy largas y derechas, y como comienzan al principio, así acaban; corren las unas de Oriente á Poniente, y las otras de Norte á Sur.» Cita el cronista las principales acequias; la Plaza Mayor, los Portales de Mercaderes y Sederos; las casas de Cabildo; las Casas reales del Virrey, la Audiencia y los Alcaldes de corte, y los mercados. «Tiene la Ciudad dos maneras—dice—de surtirse de aguas, una que nace en las fuentes de Santa Fe, en una cañada ó quebrada y viene por atarjea de cal y canto, hasta dar á unos arcos que están en el Bosque de Chapultepec, donde nace la otra agua que (por vía distinta de la ya dicha de Santa Fe) entra en la Ciudad, en atarjea de cal y canto muy alta, y viene á dar á la plaza ó mercado de San Juan, en medio de la cual está una muy hermosa y deleitosa pila: y es esta agua, el servicio de cuasi media Ciudad, así de indios como de españoles.» Hace grande elogio de la Catedral y de la Universidad, y dice que, «demás de la iglesia mayor, hay otras dos parroquias y juntamente trece conventos de religiosos de todas órdenes, y otros trece de monjas, seis hospitales, uno de bubas (Amor de Dios), otro del Marqués, el cual había edificado para entierro suyo (Jesús), etc.; hay otras iglesias, y entre ellas el colegio de los niños de San Juan de Letrán; hay otro que llaman de las Niñas, etc.»

* * *

No obstante la ponderación de los cronistas, nuestra Ciudad, como casi todas las de Europa, en la época á que nos referimos, carecía de alumbrado, de pavimentos, de buenos desagües, de policía y de otras numerosas necesidades que, con el transcurso de los años, han venido subsanándose. Sin embargo, un insigne Virrey cuyo nombre es digno de memo-

ria perdurable, el segundo Conde de Revilla Gigedo, implantó grandes mejoras en la Ciudad, y á él se le debió su mayor aseo, su seguridad, la numeración de las casas, el que se fijara por medio de placas la nomenclatura de las calles, parte de la pavimentación de éstas, la nivelación y arreglo de la Plaza Mayor, convertida en inmundo basurero.¹

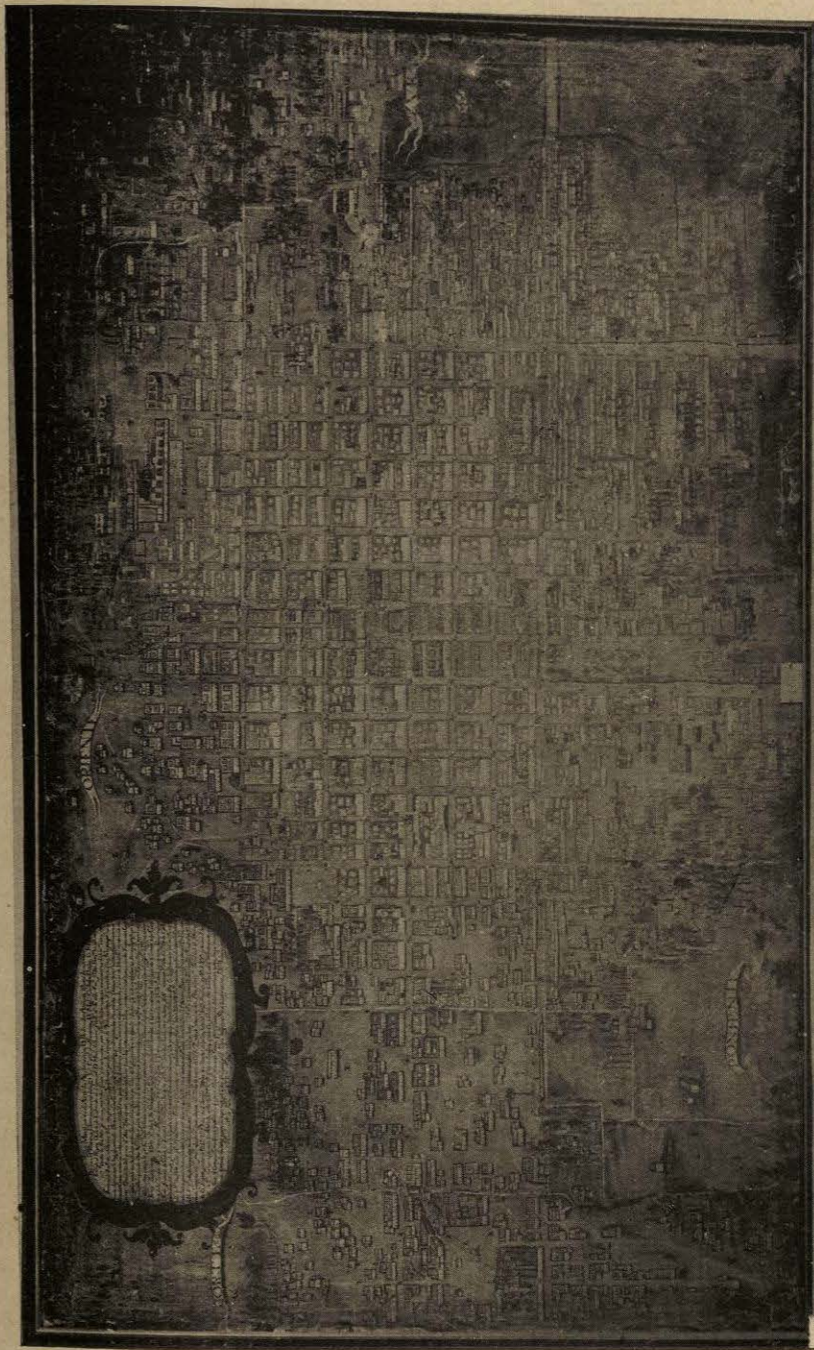
México siguió hermoosándose á fines del siglo décimooctavo y principios del pasado; el ilustre Carlos III creó la Academia de las tres Nobles Artes de San Carlos, y de ella brotaron maestros y discípulos que con su trabajo personal, inteligente y acabado, dieron gloria á México y á España. Tolsa, arquitecto y escultor muy distinguido, levantó años después la Escuela de Minería, construyó Loreto, fabricó el edificio que actualmente se arregla para Secretaría de Justicia, y dejó eterno recuerdo de su fama en la soberbia estatua ecuestre del Cuarto Carlos.

* * *

Más tarde, la Nación Mexicana proclama su Independencia; queda con el legado de España; pero, para afianzar su autonomía, para constituirse en República Constitucional, desligada de viejas preocupaciones, há menester de cruenta lucha civil y de contiendas extranjeras: triunfan al fin los principios y se salva la República. En tanto, la Ciudad no puede alcanzar todo el desarrollo que demanda la cultura del país, en lo relativo á higiene pública, á caudal de aguas potables, á alumbrado, á pavimentos, á seguridad y á tantos otros ramos. Mas, á pesar de las revueltas intestinas, se despeja la Plaza Mayor, del grotesco Parián; el Dictador Santa-Anna apoya la

¹ Véase mi *Reseña histórica de la Plaza Mayor*, en el BOLETÍN MUNICIPAL del presente año.

Reseña histórico-descriptiva de la Ciudad de México.—1901.



PLANO DE LA CIUDAD DE MÉXICO.

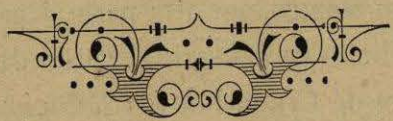
(Lienzo original de la primera mitad del siglo XVIII, que se conserva en el Museo Nacional.)

edificación del gran Teatro Nacional, cuya destrucción nunca se lamentará lo bastante; y hasta el mismo intruso Archiduque Maximiliano trata de tornar á México en hermosa Capital.

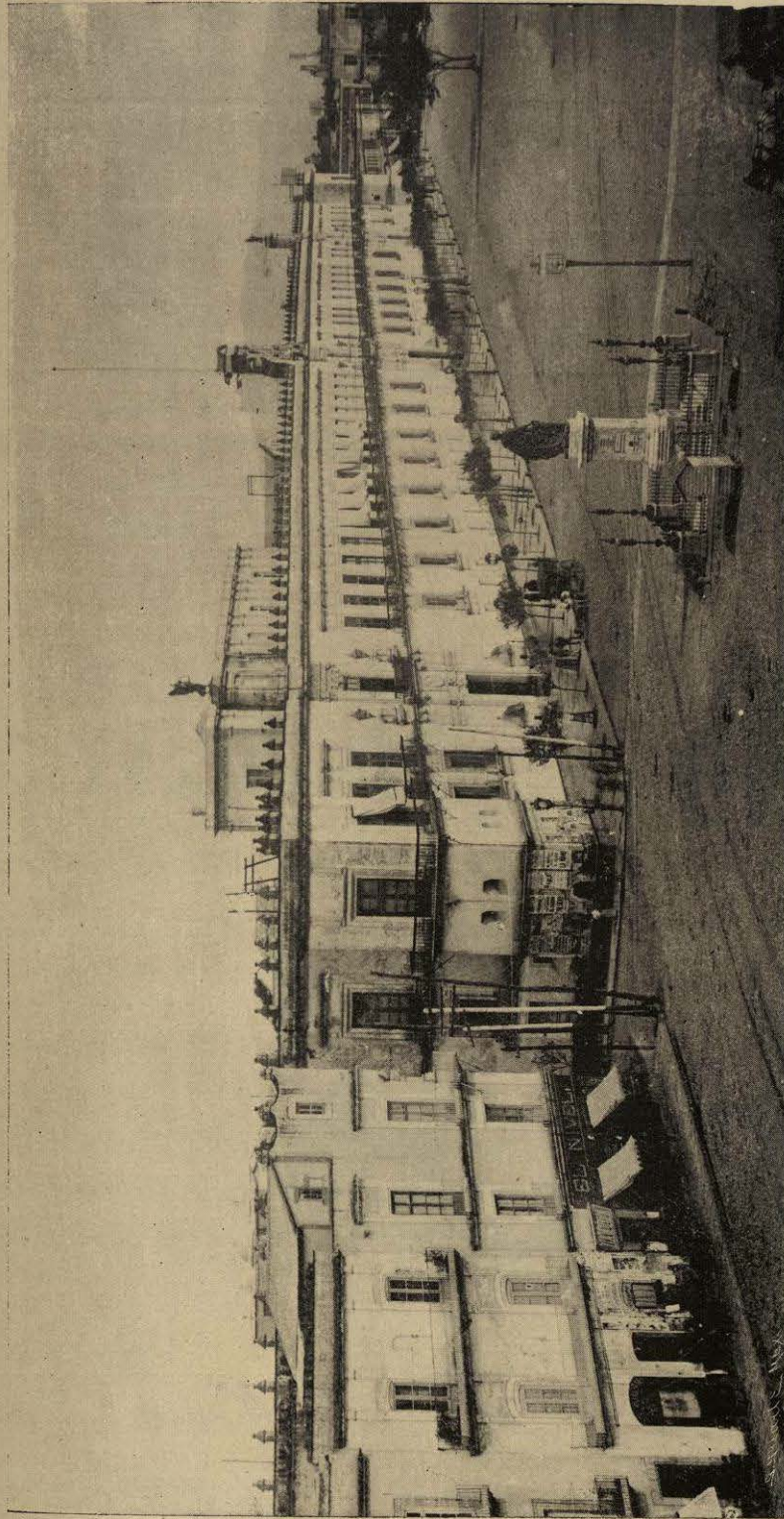
La transformación de la Ciudad se inició realmente cuando, decretadas las Leyes de Reforma, se exclaustró á los religiosos de ambos sexos, se nacionalizaron los bienes eclesiásticos, y se empezó la demolición de muchos conventos y aun de varias iglesias. Así, el de San Francisco, el de Santo Domingo, en parte se transformaron en casas, y en parte vinieron abajo para dar paso á vías públicas; otros se convirtieron en escuelas, como el de la Encarnación; algunos más se aprovecharon en edificios públicos, como el de la Enseñanza para Palacio de Justicia, y el de Santa Catalina de Sena para cuarteles, y así otros muchos. El aspecto cambió como por encanto, y aún la Ciudad conserva las huellas de la monotonía que en pleno período *conventual*, diré, si es de admitirse la frase, debió de haber presentado; en cada calle, puede decirse que había un convento de paredes oscuras, de aspecto severo y tétrico: México, por otra parte, á pesar de la buena impresión que hubo de causarle al Barón de Humboldt, que le dió el nombre de *Ciudad de los Palacios*, hasta hace algunos años se consideraba una Capital de sucio aspecto, poco higiénica, con desagües defectuosos, de poca corriente y mal dispuestos; cuyas calles se inundaban en pleno tiempo de aguas; con malos pavimentos de piedra; con alumbrado escaso y deficiente; y, por último, con graves defectos capitales que habrían sólo de remediarse previo el gasto de cuantiosas sumas de dinero.

Asegurada la paz, quienes hemos vivido casi de una manera constante en México durante estos últimos veinte años, contemplamos con placer los inmensos progresos adquiridos por nuestra Metrópoli: hoy cuenta con colonias que sin des-

doro y sin hipérbole podrían figurar anexas á cualquiera capital de nación de Europa; tiene una red de atarjeas, á cuyo sistema hecho á todo costo, se pone la última mano; posee alumbrado eléctrico de primer orden, que va extendiéndose por todos los ámbitos de la Ciudad rápidamente; sus calles principales están pavimentadas por los medios y con los materiales que se usan en las principales ciudades del mundo; y aun cuando todavía falta mucho por llevar á cabo, y se han menester considerables gastos, como para la conducción de aguas potables, por ejemplo, todo se estudia ya por nuestro Gobierno y por el legítimo representante de la Ciudad, el Ayuntamiento, á fin de que, dentro de muy corto número de años, la Ciudad de México figure al lado de las primeras del Continente Americano, como Capital culta, higiénica, agradable y bella.



Reseña histórico-descriptiva de la Ciudad de México.—1901.



Vista del Palacio Nacional y del Monumento Hipsográfico, antes que se hiciera el Jardín del Seminario.